

Una muestra del saber hacer de Montero es ofrecer un índice onomástico y tres anexos con información útil sobre autores, directivos y accionistas.

En suma, vale la pena leer *Historia de Ediciones Rialp* por lo que narra con tanta pasión como corrección, y también por el modo de contar los hechos históricos de manera grata y profunda.

Onésimo Díaz

Fernando OCÁRIZ, *Cristianos en la sociedad del siglo XXI. Conversación con Monseñor Fernando Ocariz*, (entrevista de Paula Hermida Romero), Madrid, Ediciones Cristiandad, 2020, 141 pp.

Ediciones Cristiandad ha publicado en forma de libro una larga entrevista a don Fernando Ocariz, prelado del Opus Dei. No es la primera ni probablemente será la última entrevista que conceda Monseñor Ocariz, pues este género se ajusta muy bien tanto a su personalidad como a su propia circunstancia.

Fernando Ocariz es un analista de excepción. A su amplio conocimiento teológico, especialmente en Cristología y Eclesiología, y a sus muchos años de consultor en la Congregación para la Doctrina de la Fe, trabajando junto a teólogos de la talla intelectual de Joseph Ratzinger, se une el hecho de haber recorrido el mundo expandiendo el mensaje de santidad del Opus Dei: primero, acompañando al anterior prelado, Javier Echevarría, en calidad de vicario general o auxiliar, y, luego, desde enero de 2017, como prelado.

La entrevistadora, la filósofa y teóloga Paula Hermida Romero, ha realizado una excelente labor de presentación, selección y armonización de temas y preguntas, pero sobre todo ha sabido hacer hablar al personaje, creando un clima respetuoso y sereno, y cuidando hasta el último detalle.

La entrevista es fresca, profunda, sugerente, ágil y muy rica en matices. Tiene las ventajas de la entrevista escrita, es decir, meditada y sopesada, tanto por la entrevistadora como por el propio entrevistado. El riesgo de falta de espontaneidad que conlleva este tipo de entrevistas ha quedado perfectamente saldado con el tono acogedor que cobra la conversación desde su inicio.

En la entrevista, se aborda una gran variedad de cuestiones que preocupan a cualquier mujer u hombre de bien de nuestro tiempo. Está dividida en cuatro capítulos: Cambios sociales y nuevas tecnologías (pp. 17-49); Familia: misión y destino (pp. 51-70); La Iglesia: misma doctrina tiempos nuevos (pp. 71-109), y el alcance de la libertad (pp. 111-131). Cierra el libro un epílogo (pp. 133-141) donde Ocariz responde a algunas cuestiones específicas sobre la pandemia del COVID-19, que se expandió cuando la entrevista estaba ya finalizada.

De esta entrevista yo esperaba conocer mejor al personaje, aprender sobre los temas tratados y adquirir nuevas luces sobre algunas cuestiones específicas. Estos

propósitos se han cumplido con creces. Pero lo que no me imaginaba era que su lectura me iba también a producir una profunda sensación de paz, como de hecho ha sucedido, a pesar de que muchas de las cuestiones abordadas (abusos sexuales en la Iglesia Católica, tragedia de los cristianos perseguidos o la pandemia del coronavirus, etc.) son fuente de dolor y sufrimiento en millones de familias. Esto se debe al tono sobrenatural, sosegado y alegre del prelado en sus respuestas.

Durante toda la entrevista, late la idea de fondo de la libertad de los hijos de Dios cuya misión es alcanzar la plenitud del amor o total unión con Cristo, es decir, la propia santificación. Fruto de esa identificación, que se realiza mediante un proceso divino y humano a la vez (p. 94), que san Josemaría llamó desde muy joven endiosamiento y los cristianos orientales divinización, es la esperanza y la alegría del cristiano, por adversas que sean las circunstancias en las que viva.

Este proceso interior, libre y transformativo de la personalidad, de auténtica *cris-tificación*, contribuye a aportar creatividad en los nuevos retos sociales (cap. 1), a vivir feliz en familia a pesar de las dificultades y contrariedades (cap. 2), a evangelizar en medio de un mundo cambiante y secularizado (cap. 3) y a desarrollarnos como personas auténticamente libres (cap. 4). En el fondo, don Fernando Ocariz está convencido de que el mundo mejora cuando, una a una, cada persona cambia (es decir, se encuentra con Cristo) y ayuda a cambiar a quienes le rodean mediante una amistad sincera y desinteresada. Los cambios sociales no son sino una concatenación de cambios individuales. El propio Jesucristo comenzó la gran revolución del amor transformando espiritualmente a doce varones y un puñado de mujeres.

En la entrevista, el prelado evita el titular de periódico, así como descender a detalles excesivamente controvertidos. Él prefiere ofrecer un marco de reflexión esperanzador, responsable y optimista, expandir el contexto y dar razón tanto del mensaje cristiano como de esos principios inalienables grabados a fuego en el corazón de todo ser humano. ¡Que sea luego cada lector quien tome libremente sus propias decisiones en conciencia! Así, por ejemplo, lo que está en juego en el tema de la inmigración, dirá el prelado, es la solidaridad humana y la dignidad personal. Por eso, Fernando Ocariz anima y estimula a los lectores a «humanizar la sociedad» (p. 22), a no mirar hacia otro lado, ni a dejarse llevar por falsas ideologías individualistas; pero no concreta cómo se debe resolver la cuestión, pues depende de múltiples circunstancias que deben ser analizadas por los expertos. En otras palabras, la entrevista imita un cuadro paisajista, no de detalle de bodegón.

A lo largo de toda la conversación, hay tres figuras centrales que de una manera explícita o implícita están presentes: san Pablo, santo Tomás de Aquino y san Josemaría. Son tres santos con los que Fernando Ocariz tiene una familiaridad tan grande que espontáneamente utiliza sus mismos argumentos, expresiones, cuando no sus frases textuales.

Buena parte de la reflexión teológica de Ocariz se fundamenta en las cartas del apóstol de las gentes, que conoce en profundidad, no solo por su trabajo, sino como fruto de su meditación personal. Esto salta a la vista. La presencia del Aquinate se per-

cibe en las categorías filosóficas que usa el prelado, empapadas de ese sano tomismo imperecedero, radicalmente opuesto a cualquier escolasticismo reaccionario. Por último, san Josemaría ha sido su maestro y modelo de vida, un verdadero padre, con una paternidad espiritual a la que don Fernando se refiere con bellas y sentidas palabras: «Las personas que se acercaban a él notaban enseguida un sentimiento de acogida, de afecto sincero, de cariño, expresión de su paternidad espiritual» (p. 122). Monseñor Ocariz vivió en Roma junto a san Josemaría entre 1967 y 1975 y pudo escucharle y a hablar con él personalmente en varias ocasiones, según cuenta (p. 17).

Toda la conversación destila el profundo amor del prelado al Obispo de Roma y su veneración por el magisterio de la Iglesia. Las menciones al Papa Francisco muestran su unión con el pontífice actual en un momento de división y separación en el seno de la Iglesia, que, según Ocariz afirma, «es lo que de verdad más me preocupa» (p. 130).

Como no es posible en un espacio reducido referirme a cada tema tratado, ni tampoco es mi intención resumir la entrevista, me voy a detener en cinco de las frases que más me han impactado con el solo propósito de estimular la lectura del libro con estas sencillas muestras.

1) *Encontrar a Dios en el hoy* (p. 20). Lo repite dos veces con otras palabras en p. 26: «Dios nos dona el presente», «el futuro se transforma santificando el presente», y de forma muy clara en p. 25: «Y la salvación tiene lugar también hoy». Aquí resuena con fuerza el salmo 2, del que era tan amante san Josemaría: “Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy”, así como el memorable “hoy y ahora” (*hodie et nunc*), que tanto le gustaba repetir.

Vivir en presente es “caminar al paso de Dios” (p. 46). Desde esta perspectiva, Ocariz enfoca con acierto la fidelidad al carisma del fundador del Opus Dei, que en modo alguno puede ser “inmovilista”, sino “dinámica” y “creativa”, pues «requiere la flexibilidad propia de una realidad viva» (pp. 45 y 99). Las instituciones que encuentran a Dios en el hoy y van al paso de Dios dejan en el camino modos de hacer obsoletos, «aprendiendo a descubrir lo bello allí donde otros lo ven» (p. 36), para no perder el ritmo divino debido a resistencias irresponsables o no percibir un cambio de contexto.

Al estar hechos todos los hombres a imagen de Dios, todos compartimos la misma, única e indivisible imagen. Es nuestra seña de identidad. Pero un carisma fundacional añade a esa imagen en el alma de un fundador (y de sus hijos) una impresión más diáfana en algún aspecto concreto. En el caso de san Josemaría, el carisma resaltó la imagen de Cristo en su quehacer ordinario y redentor, trabajando de carpintero, viviendo en familia, junto a María y José, con el fin de poner la Cruz en la cumbre de todas las actividades humanas. Por eso, aunque el Opus Dei se fundó en 1928, ese acto fundacional continúa vivificando el *hoy* de los fieles de la prelatura.

2) *Dios ha pensado en mí desde siempre* (p. 94). Fernando Ocariz, una vez más, se apoya en san Pablo y se sirve de una frase de la carta a los Efesios (1.4) que entusias-

maba a san Josemaría: “nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia”.

A Dios le basta un único acto de su inmutable voluntad para amarnos eternamente. Este amor eterno, sin principio ni fin, es posible porque vivimos por Dios y en Dios, pertenecemos a Él desde siempre. Así como una mujer, antes de ser madre, comienza ya a amar, con un conocimiento todavía muy imperfecto, al hijo que un buen día llevará en su seno, así también, pero de manera perfecta y eterna, Dios conoce y ama en sí mismo todo cuanto ha sido creado en el tiempo. Dios nos amó antes de que nosotros lo hiciéramos. Ese amor divino precursor solo se puede corresponder con amor, es decir, acrecentando el deseo de participar en la vida eterna de Dios, de unirse incondicionalmente a su voluntad amorosa hasta conseguir una completa comunión de amor. A eso don Fernando Ocariz lo llama “respuesta a la vocación” (pp. 95-98).

3) *Lo decisivo para cada persona es la apertura plena al amor de Dios* (p. 102). Ya lo había dicho Ocariz con otras palabras en p. 27: «Es urgente que cada uno tenga una actitud constante de agrandar el corazón». Y lo repite, dada su importancia, en p. 106 cuando reconoce que «el celibato otorga al alma una gran apertura». En p. 113 habla de «dejar entrar a Dios en nuestra vida» y, en p. 114, de «la persona que se abre a la gracia». Sin duda, resuena en los oídos del prelado la famosa frase que con tanta fuerza pronunció Juan Pablo II aquel inolvidable 22 de octubre de 1978 y que marcó todo su pontificado: «No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo».

Para recibir la gracia, hay que abrirse a ella, hay que dejarse encontrar por Dios, porque «la vida es un diálogo con Dios» (p. 113). Nuestra actitud personal debe ser siempre receptiva (no pasiva), como lo fue la de la Virgen María ante la Encarnación del Verbo. Esta apertura del alma, que «se deja guiar por el amor» (p. 29), no es solo metafórica, sino completamente real. Cada alma es un receptáculo espiritual, que no puede vivir sin recibir la gracia, como el cuerpo no puede vivir sin alimento. Así, el alma se va expandiendo en la medida en que va incorporando a su propio ser la gracia que recibe (el endiosamiento ya mencionado). Al decir de Teresa de Ávila (*Moradas* 2.1.10), la máxima apertura del alma, y, por tanto, la máxima receptividad a la gracia, se produce cuando, por invitación divina, entramos en el aposento en el que mora la Trinidad en nuestra propia alma, de la que es dueña y señora.

4) *El mundo está muy necesitado de esta adoración silenciosa y agradecida ante el Señor Sacramentado* (p. 121). La adoración a Dios constituye la esencia misma de la religión. Adoramos cuando, con rendida humildad y confiado abandono, centramos todo nuestro ser (con sus impulsos, emociones, pensamientos, imaginaciones) en Dios y solo en Él. Entonces el cuerpo cae de rodillas, y el alma se abre para ensalzar y alabar a Dios, como María en el Magníficat. La criatura se siente orgullosa (y digna) de su condición al ver reflejada en ella la imagen de Dios.

La adoración es el acto más libre y liberador que realiza el ser humano en la tierra, pues supone la completa aceptación de nuestra *nada* criatural y el completo abandono en nuestro *todo* filial. Como dice Fernando Ocariz, esto requiere vivir despren-

dido de las cosas materiales, pues es lo que «permite al corazón estar donde importa» (p. 28).

5) *Buscar en nuestro trabajo –en cualquier trabajo– esa dimensión fundamental de servicio* (p. 141). Con estas acertadas palabras, cierra Fernando Ocáriz su entrevista. Me parece que esta tensión entre trabajo y servicio es importante en un mundo en el que gran parte del trabajo va a ser muy pronto relegado a máquinas inteligentes. Por muy bien organizada que esté una sociedad tecnológicamente, y por más labores que sean de hecho asumidas por estructuras artificialmente inteligentes, el servicio por amor nunca será plenamente reemplazado. En realidad, el robot presta ayudas muy útiles, pero no *sirve* propiamente, porque no ama, «no desea y procura el bien, la felicidad de la otra persona» (p. 57). Ama quien sirve y solo sirve quien ama, es decir: la persona. Servir nos es solo un modo de hacer sino un modo de amar haciendo y de hacer amando. Por eso, un trabajo sin dimensión de servicio, como explica Ocáriz, no es santificable porque propiamente no es humano.

No quiero acabar estas breves reflexiones sin agradecer a Ediciones Cristiandad y a Paula Hermida Romero sus esfuerzos por publicar, en medio de la pandemia del COVID-19, esta interesante entrevista a don Fernando Ocáriz. La conversación expone, con enorme atractivo, las claves para vivir cristianamente y cristianizando la sociedad del siglo XXI, sin observar «el curso de la historia como algo ajeno que solo otros deciden» (p. 40).

Rafael Domingo